

ECUADOR DEBATE 110

Quito-Ecuador • Agosto 2020

ISSN 2528-7761 / ISBN 978-9942-963-54-3

PRESENTACIÓN	3/6
COYUNTURA	
• Pandemia y economía en la coyuntura electoral <i>Julio Echeverría</i>	7/18
• Conflictividad socio-política: Marzo–Junio/2020	19/24
TEMA CENTRAL	
• Un país conectado a un respirador: Ecuador y la crisis provocada por el COVID-19 <i>Luis Castro y Jaime Fernández</i>	25/60
• La epidemia actual del coronavirus y sus aspectos sociales y culturales <i>H. C. F. Mansilla y Erika J. Rivera</i>	61/76
• Perú: la Pandemia, la dicotomía Economía-Vida y el no retorno a la normalidad <i>Hugo Cabieses Cubas</i>	77/94
• <i>It's Always Been Business First</i> : Breve análisis del discurso de las organizaciones empresariales españolas y chilenas ante las políticas para frenar el impacto del COVID-19 <i>Alejandro Osorio Rauld y José Reig Cruaños</i>	95/112
• La economía mundial, la pandemia y las perspectivas <i>Oscar Ugarteche, Alfredo Ocampo y Carlos de León</i>	113/131
• Una mirada crítica sobre las tecnologías de red en tiempos de pandemia <i>Peter Bloom y Loreto Bravo</i>	133/144
DEBATE AGRARIO RURAL	
• El mercado agroalimentario ecuatoriano: hacia un programa de investigación <i>Patric Hollenstein</i>	145/159
ANÁLISIS	
• El actual pensamiento liberal-democrático en la filosofía política y las ciencias sociales bolivianas <i>Erika J. Rivera</i>	161/178

- La Ciencia Física Decimonónica en Ecuador y la promesa de abundancia 179/197
Estefanía Carrera

RESEÑAS

- La utopía del oprimido. Los derechos de la Pachamama (naturaleza) y el Sumak Kawsay (buen vivir) en el pensamiento crítico, el derecho y la literatura 199/202
- Trazos de sangre y fuego. Bionecropolítica y juvenicidio en América Latina 203/206

Trazos de sangre y fuego. Bionecropolítica y juvenicidio en América Latina

José Manuel Valenzuela

Colección CALAS. Vol 1. Bielefeld University Press. Bielefeld. 2019. pp. 128

*Jorge Daniel Vásquez**

Señala Marx ([1867] 1977: 624-625), que la acumulación originaria del capital en Europa (a fines del siglo XV y a lo largo del XVI) implicó la creación de leyes que persiguieran “a sangre y fuego” a las masas que, una vez expulsados de sus tierras, recibieron el nombre de ‘vagabundos’ en el orden del nuevo Estado. Tal violencia es equivalente al asesinato no sólo revestido de castigo público sino como correlato de proyectos generadores de desigualdad.

En *Trazos de sangre y fuego. Bionecropolítica y juvenicidio en América Latina*, el sociólogo mexicano José Manuel Valenzuela analiza la configuración que la relación vida-muerte adquiere en el capitalismo del siglo XXI. En el análisis del autor, tal configuración integra el asesinato, especialmente de jóvenes y mujeres, como expresión límite de la biopolítica; la adulteración de las instituciones; y la precarización, en el marco de la economía política regional.

La violencia manifiesta en estos tres fenómenos descubre los rasgos mórbidos del capitalismo. No se trata de un descubrimiento producto de sacar a la

luz la violencia que habita en los espacios privados, sino de la exhibición pública del asesinato. Si bien Foucault (1978), había anunciado el fin del castigo público y su traslado al ámbito de la microfísica, la exhibición pública del asesinato replantea el objetivo aleccionador del suplicio de *Damiens* más allá de los actos directos del Estado, un suplicio público cometido por el narcotráfico y el crimen organizado en complicidad con figuras institucionales.

Paradójicamente, el suplicio público complementa su exhibición en el hallazgo de fosas clandestinas, como en el caso de Colombia y México.¹ Los testimonios de sobrevivientes dicen que los “relatos de vivencia extrema”, operan -en sus propias palabras-, como forma de “exorcizar los recuerdos” (Valenzuela, 2019: 30-34; 37-49).

La exhibición pública de los rasgos mórbidos del capitalismo puede también leerse dentro de una voluntad de espectacularización que no pretende convertir al otro en objeto de consumo (Hall, 1997), sino en un ser despojado de la condición mínima de otredad: la

* Pontificia Universidad Católica del Ecuador

1. El autor cita el Informe de la Comisión Nacional de Derechos Humanos de 2017, que señala que entre 2007 y 2016 fueron halladas en México 855 fosas clandestinas con un total de 1548 cadáveres.

vida y el rostro (Valenzuela, 2019: 38-40). Despojados de su vida no son sólo los muertos, sino los “niños adultecidos que interiorizan los códigos de muerte del narco-mundo” y que trabajan como escuadrones de defensa de un espacio donde el crimen organizado ejerce una suerte de “gobierno privado indirecto” (Mbembe, 2015: 67-94). Esos niños, serán construidos como cuerpos desechables, un día victimarios y siempre potenciales víctimas de la muerte arterial.

Valenzuela ha acuñado y promovido el uso heurístico del concepto “juvenicidio” con cuatro objetivos que se pueden sintetizar así: 1) señalar y visibilizar la muerte arterial e impune sobre juventudes precarizadas; 2) hacer visibles pertenencias, adscripciones y repertorios que incrementan posibilidades de que un joven sea asesinado; 3) el desarrollar estrategias de orden académico y político orientadas a impedir la continuación de asesinatos de jóvenes; 4) identificar causas y responsables de tanta muerte innecesaria (Valenzuela, 2019: 61).

Su concepto nació vinculado al de ‘femicidio’ en su análisis sobre jóvenes en la frontera entre México y Estados Unidos,² y se vuelve fundamental a partir de la “guerra contra el crimen organizado” iniciada en la presidencia de Felipe Calderón (2006-2012), que entre 2006 y 2014 había dejado ya un saldo de 164.345 asesinatos. Sólo en 2013, fallecieron 34.509 jóvenes. En 2014, los principales tipos de muerte violenta en México fueron: agresión con disparo de

arma de fuego (11.641), agresión con objeto cortante (2.902), agresión por ahorcamiento, estrangulamiento y sofocación (1.343), sin diferencia de género en el orden de los tipos de violencia (Valenzuela, 2019: 53-58).

El concepto “juvenicidio” abarca la situación descrita en el párrafo anterior, pero requiere, como el mismo autor plantea, de la problematización de las formas de control del cuerpo de los jóvenes desde la regulación de la sexualidad y la penalización del aborto, hasta los patrones estéticos que instauran un marco prohibicionista de la significación corporal. La violencia que acompaña este tipo de control dice de su carácter no sólo biopolítico sino necropolítico: un poder sobre la muerte que, para el autor, va desde la precarización hasta la aniquilación. Por ejemplo, la violencia sexual y la explotación, de la cual son víctimas especialmente los y las jóvenes, dice de la conjunción de repertorios de precarización (precarización económica-social, desacreditación identitaria), que producen zonas habitadas por sujetos descartables. Quizá tales repertorios de precarización no son sino la antesala y la justificación de una forma de “acumulación por aniquilamiento” (Bosteels, 2018).

Para Valenzuela, la precarización genera la condición de *iuvenis sacer* (una particularidad dentro de la condición de *Homo sacer* -i.e., Agamben-), para aquellos que habitan en las zonas de precarización (o *necrozonas*), creadas por el capitalismo. Este señalamiento de Valen-

2. Valenzuela (2012), realizó un estudio sobre el femicidio en su libro *Sed de Mal. Femicidio, jóvenes y exclusión social*. El Colegio de la Frontera Norte, México.

zuela representa un punto fundamental para una aproximación crítica a los estudios sobre juventud que otorgan a esta condición unas características descontextualizadas y asociadas al consumo de bienes simbólicos globales.³

Si el análisis del juvenicidio incluye necesariamente el problema de la muerte *entre jóvenes* (en mayor número son jóvenes los que matan jóvenes), hablamos entonces de que las identidades juveniles no son sólo resultado de una apropiación de insumos provenientes de la industria cultural (por más crítica desde su *performance* o parámetros de negociación), sino de la subjetivación-objetivación conflictiva de condiciones sociales, económicas y (geo)políticas.

Pero tales diferencias no son sólo resultado de una agregación identitaria, sino que son creadas y asignadas desde el poder diferenciador que acentúa la desigualdad y su racialización. El caso de 'los mirreyes' (Valenzuela, 2109: 76-89), puede ser leído como una muestra de esto. Para el autor, "los mirreyes son jóvenes que integran de manera simbiótica aspectos definitorios de los identificadores de clase de los *juniors*, esos jóvenes ricos e influyentes que ostentan privilegios y carisma derivado del poder de papi" (Valenzuela, 2019: 79). Esto explica el grito de los ciudadanos de Za-

catecas, "Ni reyes, ni mirreyes", ante la visita del Rey Felipe VI de España y del presidente Enrique Peña Nieto en julio de 2015 a ese lugar.

En síntesis, los mirreyes representan la confluencia de dos fenómenos. Por un lado, constituyen la antípoda de las vidas precarias de millones de jóvenes, "estereotipados, proscritos y criminalizados" (Valenzuela, 2019: 89), a la vez que representan la recreación de los "discursos clasistas y racistas de los poderosos" (Ídem). Así, los mirreyes (una suerte de *updated versión* del 'pirruris' de Luis del Alba), utilizan expresiones como 'naco' (quizá proveniente de 'totonaco', término referente a los pueblos indios que habitan la región de Veracruz), 'prole' (expresión para referirse despectivamente al 'proletariado', en general a las personas trabajadoras y asalariadas), o 'chairo'. "Chairo conlleva una carga de desprecio, de ofensa, de subestimación, de menosprecio [...] se utiliza con un sentido racista y clasista para identificar a la izquierda prole, naca, chüntara, chola, jodida, y la oscuridad epidérmica [...]" (Valenzuela, 2019: 85).

Así, los mirreyes constituyen un motor de la precarización simbólica desde la racialización de los pobres; pero quizá el análisis de Valenzuela abre la posibilidad para pensar la blanquitud (o los

3. Así lo expresa claramente Valenzuela (2019: 70) al señalar: "He insistido en la vacuidad de los conceptos de lo joven o lo juvenil, fuera de los cronotopos que le significan, en otras palabras, no podemos hablar del joven fuera del contexto histórico social, las relaciones situadas, los entramados relacionales y las adscripciones identitarias que le definen". En mi lectura, esta declaración apunta a trabajos que, amparados en una juvenilización de la cultura, fortalecieron una concepción que borraba las diferencias de clase, etnia y nacionalidad entre los distintos grupos juveniles (para un ejemplo ver Montesinos, 2009), lo cual constituye un aspecto central en el balance de la producción académica en estudios sobre juventud en el siglo XXI. Para una visión crítica de los estudios sobre juventud desde la cuestión de clase ver Duarte (2006), la cuestión étnica en Vásquez (2014), y de género y clase en Serrano (2004).

actores de la blanquitud) como minoría, agrupados en torno a sus propios mitos y rituales violentos.

Otra línea de análisis abierta por Valenzuela, desde su amplio recorrido en estudios culturales, juventud, y estudios de frontera, es la formulación de conceptos como *biocultura* y *biorresistencia*. Para el autor, tanto la biopolítica (Foucault, 2010), como la necropolítica (Mbembe, 2003), refieren a un poder unidireccional; mientras que *biocultura* refiere a “la centralidad corporal que media procesos sociales [...] la aceptación y el desafío de los dispositivos, estrategias y postulados normalizadores de la biopolítica” (Valenzuela, 2019: 90), y la *biorresistencia* se expresa en las respuestas individuales y colectivas frente a la bio-necro-política.

De este modo, mientras el Estado, el crimen organizado, o la industria cultural, produce cuerpos juveniles monstrificados, Valenzuela ve en los movimientos sociales de este siglo (Primavera Árabe, Indignados 15M, #YoSoy132, Mesa Amplia Nacional Estudiantil, La Revuelta), un fuerte protagonismo juvenil que no sólo plantea horizontes alternativos, sino que integra un despliegue emocional, una política bio-emocional.

Queda aún por construir la tarea analítica en torno a la política bio-emocional integrada en proyectos políticos transclasistas e interraciales. Tal como la antropóloga mexicana Maritza Urteaga y Hugo César Moreno (2015) han planteado, el punto crucial del vínculo entre precarización y juvenicidio es la “des-ciudadanización”. Si bien los movimientos sociales de protagonismo juvenil integran una condición emocional que sugiere nuevos horizontes de posibilidad, no es menos cierto que estos horizontes replantean un discurso en torno a derechos, una ampliación de la ciudadanía y un ejercicio de ésta aún en contra de los mecanismos que la capturan, por medio del juvenicidio, a favor del poder despótico. Así, el texto de Valenzuela no sólo llama la atención sobre la particularidad del fenómeno de la violencia, sus trazos de sangre y fuego sobre la vida de los pobres, los subalternos y los y las jóvenes, sino que constituye un aporte clave para pensar el juvenicidio y el feminicidio, la muerte arterial, como el crimen político por excelencia del capitalismo de este siglo.